

# EN BUSCA DEL ESPACIO PERDIDO: LAS AGUAFUERTES DEL EXILIO DE AMALIA PÉREZ



Musante, María Fernanda

**María Fernanda Musante**  
fernandamusante@gmail.com  
Universidad Nacional de La Plata, Argentina

**Gramma**  
Universidad del Salvador, Argentina  
ISSN: 1850-0153  
ISSN-e: 1850-0161  
Periodicidad: Bianaual  
núm. Esp.10, 2020  
revista.gramma@usal.edu.ar

Recepción: 21 Marzo 2020  
Aprobación: 19 Abril 2020

URL: <http://portal.amelica.org/ameli/jatsRepo/260/2602365024/index.html>

**Resumen:** Este trabajo se propone analizar la experiencia del exilio a través de los espacios representados en la colección de crónicas de Amalia Pérez titulada *Aguafuertes del exilio*. Nuestro estudio se centrará en la representación del espacio propio, aquel que se debe abandonar abruptamente al marchar al exilio, y la representación del espacio del exilio; ese espacio de acogida que siempre será transitorio. El estudio de la obra desde una perspectiva geocrítica nos permitirá establecer el no espacio del exiliado: un espacio ajeno y siempre extraño que se encuentra en yuxtaposición con el espacio propio de la memoria en la urgencia del volver. En primer lugar, discutiremos brevemente los conceptos de *representación del espacio* y *espacio de representación* que, a nuestro entender, se encuentran estrechamente ligados a la experiencia espacial en el exilio. Asimismo, estudiaremos la categoría *casa* para luego establecer la experiencia del exiliado en relación al espacio habitado y el espacio vivido. Finalmente, expondremos una breve conclusión del tema analizado.

**Palabras clave:** Literatura argentina, Espacio, Memoria, Exilio, Crónica.

**Abstract:** *This work aims to analyse the exile experience through the representation of spaces in Amalia Pérez chronicles collection entitled *Aguafuertes de exilio*. Our study will focus on the representation of our own space, that space we suddenly have to abandon to go to the exile, and the representation of space in exile which will always be temporary. The study of Pérez's work from a geocritical point of view will allow us establish the no-space of the exiled: a foreign space in juxtaposition with our own space which is always present in the exiled mind. First, we will briefly discuss the concepts of representation of space and space of representation that in our opinion are close related with the space experience in exile. Then, we will study the concept of «home» in order to understand the exile experience related to inhabited spaces and lived spaces. Finally, we will expose a brief conclusion of the analysed topic.*

**Keywords:** *Argentinian Literature, Space, Memory, Exile, Chronicle.*

*Yo tuve un pueblo  
una casa*

*un río  
domingos de raviolos y de abuelos  
helados sin apuros por la plaza  
una perra putañera en primavera  
no reclamo  
no exijo  
sólo digo  
que todo aquello  
me pertenecía*

Fuente: (Pérez, 2006, p. 15)

Este poema es el que recibe al lector al inicio de *Aguafuertes del exilio*, de Amalia Pérez, colección de crónicas que narran, desde un relato retrospectivo con un claro registro autobiográfico, historias de pérdidas, abandonos y desarraigos producto del exilio durante la dictadura militar argentina de 1976. El poema condensa la pérdida de los espacios propios: el pueblo, la casa y la plaza; pero también demuestra la pérdida del tiempo en un recuerdo doloroso anclado en el pasado que ya no volverá. Es la voz del que ha vuelto a su lugar y encuentra que ese lugar ya no es el mismo. Este trabajo se propone analizar la representación del espacio perdido y la representación del espacio del exilio en la colección de crónicas de Amalia Pérez. Nuestro recorrido comenzará por definir dos conceptos clave acuñados por Henri Lefebvre (2013) que, a nuestro entender, se encuentran estrechamente relacionados con la experiencia del espacio en el exilio: *la representación del espacio* y *el espacio de representación*. Asimismo, intentaremos dar cuenta del concepto de «casa» planteado por Gastón Bachelard (2016), quien teoriza sobre el concepto no como objeto a describir objetiva o subjetivamente, sino desde un punto de vista fenomenológico: cómo está habitado ese espacio y cómo se vive el día a día en un determinado «rincón en el mundo» para llegar a las funciones primeras del habitar.

En cuanto la idea de espacio, Lefebvre (2013) define a *la representación del espacio*, como el espacio concebido, es decir, el espacio desde un punto de vista técnico, científico y físico. Este es el espacio planificado por los urbanistas, ingenieros sociales, tecnócratas y hasta artistas próximos a la cientificidad. Desde el cuerpo, este espacio refiere a las representaciones que provienen de una experiencia científica. Son los conocimientos anatómicos y psicológicos en relación con la naturaleza. En cuanto al *espacio de representación*, Lefebvre lo describe como el espacio vivido a través de las imágenes y los símbolos que lo acompañan. Se trata del espacio experimentado pasivamente que la imaginación desea modificar, es así que la imaginación recubre el espacio físico utilizando simbólicamente sus objetos. La experiencia corporal de lo vivido es más compleja ya que la cultura se filtra aquí. El espacio de representación, dice el autor, «se vive, se habla; tiene un núcleo o centro afectivo: el lecho, el dormitorio, la vivienda o la casa [...] contienen lugares de la pasión y de la acción, los de las situaciones vividas» (Lefebvre, 2013, p. 100). Es este espacio de representación del que nos habla Bachelard con su metáfora de la casa:

Todo espacio realmente habitado lleva como esencia la noción de casa [...] la imaginación trabaja en ese sentido cuando el ser ha encontrado el menor albergue: veremos a la imaginación construir «muros» con sombras impalpables, confortarse con ilusiones de protección o, a la inversa, temblar tras unos muros gruesos y dudar de las más sólidas atalayas. En resumen, en la más interminable de las dialecticas, el

ser amparado sensibiliza los límites de su albergue. Vive la casa en su realidad y en su virtualidad, con el pensamiento y los sueños (Bachelard, 2016, p. 35).

La casa es nuestro «rincón en el mundo», es nuestro primer universo que integra los pensamientos y los recuerdos. Es el primer mundo del ser humano antes de ser lanzado al mundo. El pasado, el presente y el porvenir dan a la casa dinamismos y valores diversos pero que siempre se estimulan mutuamente. Es por ello que la casa, pensada como espacio habitado (o espacio de representación en términos de Lefebvre), cobra un valor primordial para el sujeto del exilio; el pueblo, la casa y el río que se debe abandonar en busca de otro espacio: casa que dé albergue y protección en medio del miedo, la confusión y el desarraigo. Un espacio otro, el del exilio, que siempre se habitará provisoriamente a la espera de la vuelta al espacio propio.

#### LA SALIDA DEL ESPACIO PROPIO Y LA BÚSQUEDA DEL ESPACIO DEL EXILIO: ARGENTINA, ISRAEL Y MÉXICO

Amalia Pérez divide su libro en cuatro partes que ordenan cronológicamente el itinerario del exilio: *Argentina (verano del 76)*, *Israel (1976-1979)*, *México (1979-1984)* y *Argentina (otoño del 84)*. En la introducción, la autora explica el significado que el exilio tuvo para ella en términos temporales y espaciales: «El exilio fue para mí la expulsión de la temporalidad. Sujeta a lo que había dejado, no podía mirar el presente. La separación abrupta y forzada de todo lo construido había detenido mis relojes en los últimos momentos» (2006, p.17). En este sentido, Edward Said, quien también se refiere al exilio dando cuenta de una dimensión temporal y espacial, afirma que «el exilio es fundamentalmente un estado discontinuo del ser. Los exiliados están cortados de sus raíces y de su pasado» (1984, p. 3) y es precisamente este corte espacial y temporal el que se puede percibir desde la primera crónica de la colección: «En julio del setenta y seis escuché a un vecino decir, en la sala de mi casa en Corrientes capital, que tenía información según la cual era vital que abandonáramos el país antes del fin de semana. Era Lunes» (Pérez, 2006, p. 25). El tiempo se condensa aquí y se convierte en elemento fundamental desde el título de la crónica (*Siete del siete del setenta y seis*) hasta las referencias temporales en la narración: «Fue mi primera percepción de que estábamos ingresando en un espacio paralelo a nuestras cosas queridas [...] Recuerdo el día, un mes después de que yo cumpliera treinta años, el siete de julio del setenta y seis» (2006, p. 31). La autora describe aquí no solo lo que el exilio representa en términos temporales sino también espaciales: el ingreso a un «espacio paralelo». El exiliado tiene un pie en el espacio propio, la patria, y un pie en el espacio de acogida; es así, que vive entre dos espacios en yuxtaposición: el de la memoria y el del exilio. Asimismo, el tiempo presente queda detenido en la mente del exiliado quien pone foco en el futuro del regreso al espacio propio. El presente se encuentra entonces suspendido y es considerado solo un paso entre el pasado que se dejó y el futuro del regreso. Tanto el espacio como el tiempo presentes son efímeros y provisorios ya que se piensa al regreso como algo inminente.

En cuanto al tiempo como recurso narrativo, la autora utiliza referencias temporales a lo largo de todas sus crónicas para darle movimiento al argumento y a su vez revelar un espacio dinámico: el espacio cambia junto con la narración

cronológica de los hechos. En su ensayo *Las formas del tiempo y del cronotopo en la novela*, Mijaíl Bajtín señala que «el espacio se intensifica, penetra en el movimiento del tiempo, del argumento, de la historia. Los elementos del tiempo se revelan en el espacio, y el espacio es entendido y medido a través del tiempo» (1989, p. 238). Siguiendo la línea de pensamiento de Bajtín, podríamos afirmar que en cada una de las crónicas de la colección existe una relación dialéctica tiempo-espacio-texto que implica que el espacio se transforma en función del tiempo y a su vez en función del texto que lo enuncia. Con este recurso, la autora crea una dicotomía entre el tiempo del exilio (tiempo detenido y suspendido en el momento de la partida) y el tiempo real que transcurre y debe ser revelado al lector. Asimismo, existe una dicotomía espacial entre el espacio propio que se ha abandonado y el espacio del exilio que se inscribe en la narración cronológica de los hechos.

En cuanto al espacio propio, la escritora evoca lugares de intimidad que inducen al lector a un estado de «lectura suspensa» que provoca la evocación de alguna antigua morada:

Me levanté con las primeras luces de la mañana siguiente y salí directamente hacia nuestro patio de baldosas rojas que hacía de puente entre la cocina y la sombra de un gran árbol de mango antes de llegar a la Santa Rita y los helechos, las begonias y los filodendros, todos recostados sobre la pared del fondo. Mi relación con las plantas había sido siempre muy fuerte. En los momentos de tensión siempre buscaba refugio entre ellas. Podando, transplantando o simplemente regando, endontraba una rara sensación de protección (2006, p. 29).

La narradora observa y describe cada detalle del espacio físico, habitado y vivido (la casa habitada para Bachelard, la representación del espacio y el espacio de representación para Lefebvre) como haciendo un esfuerzo por conservarlo en su retina, así, como se encontraba en ese instante. Más adelante en otra crónica, la autora narra la urgencia de conservar el espacio propio en la memoria: «El exilio suprime en los individuos las principales conexiones que sustentan la vida de las personas. Afectos, olores, códigos, todo debe ser ubicado rápidamente en la memoria» (2006, p. 69) de modo de ser conservado para siempre. En relación al espacio propio en la memoria, Gaston Bachelard señala que la casa natal «ha inscripto en nosotros la jerarquía de las diversas funciones de habitar. Somos el diagrama de las funciones de habitar esa casa y todas las demás casas no son más que variaciones de un tema fundamental» (2016, p.45): el espacio habitado que da albergue y protección, que cuando no se tiene, la imaginación intentará reconstruir. Es por eso que en el exilio la separación del espacio propio hace que busquemos refugio en espacios amigables como nuevo punto de partida. Así lo explica Pérez en *El estudiante de medicina*:

La separación de la tierra desarraiga y deja al exiliado a merced de todos los vientos, en particular en los primeros tiempos. Solíamos dar muchas vueltas hasta afincarnos en un lugar determinado. Por ese motivo, las casas de los ya establecidos, de alguna manera se convertían en base de operaciones para los recién llegados (2006, p. 69).

Al llegar a un espacio otro, el exiliado busca un lugar de albergue pero que siempre será transitorio: «El espacio-tiempo del visitante se injerta —o se funde— en el espacio-tiempo del entorno que se representa» (Westphal, 2005, p. 45) pero nunca será un espacio de apropiación, incluso, una vez afincado en el lugar definitivo. Y aquí está la dificultad del exiliado: ningún espacio en el exilio es el

definitivo, siempre se encontrará en un espacio «paralelo» a la espera del regreso al espacio propio. La patria que ha quedado atrás se funde en el espacio del exilio y el regreso se convierte en un tópico constante. Así lo muestra la autora al describir la primera navidad de su exilio en Israel:

Después de cenar, como todas las noches, [mis hijos] se fueron a dormir y yo me quedé lavando los platos. Más tarde [...] me senté frente a la ventana del lavadero que miraba al sudoeste. A media noche dibujé en el aire de aquel desierto invernal el patio de mi casa argentina (2006, p. 58) <sup>[1]</sup>.

En esta y en otras de sus crónicas de la colección, Amalia Pérez relata la evocación del espacio propio que tiene una presencia constante en la vida del exiliado en su deseo de volver. Ese deseo de volver, junto con el dolor que vive en un espacio ajeno, se funde con la traición por haberse ido de allí. Así lo expresa la autora más adelante en la misma crónica:

No pensé en la gente atrapada en las cárceles, ni en los chupaderos. Tampoco en cómo sería una navidad con el miedo atroz sobre la mesa. Sólo pensé en el insoportable calor y los mosquitos, los chicos corriendo entre nosotros, las caras queridas y las cañitas voladoras subiendo a las estrellas (2006, p. 58).

La evocación del espacio propio se construye en esta crónica a través de lo sensorial: el calor, el bullicio de los niños, las imágenes de las caras queridas que despliegan el centro afectivo del espacio vivido. Este espacio guardado en la memoria sensorial corresponde al espacio propio y experimentado, *el espacio de representación* del que nos habla Lefebvre (2013). Se desprende también de estas palabras, el sentimiento de «traición a la patria» que todos los exiliados experimentan: no pensó en las cárceles ni en el miedo que se vivía en la patria, solo quería volver a aquel espacio sensorial del pasado que le fue arrebatado.

En cuanto al espacio del exilio, la escritora narra que a su llegada a México se establece temporalmente en Xalapa, en la casa de un cordobés que hacía dos años que vivía en la ciudad. Pérez hace una representación del espacio (la casa) en su narración en los siguientes términos: «La casa tenía un gran jardín y un fondo de abrupta pendiente hacia el valle, por lo que podían verse las montañas a lo lejos, sometidas debajo del imponente Popocatepetl» (2006, p. 77). Se puede percibir en estas líneas que la escritora hace una construcción del espacio del exilio, exótico e imponente, que contrasta claramente con el espacio propio. En esta crónica y en otras que relatan su exilio en México Amalia Pérez, como muchos otros escritores exiliados en ese país, da a la geografía mexicana «un fuerte componente de exotismo que tiende a disminuir el riesgo de lo extraño» (Gerhardt, 2006, p. 96) para poder convivir en ese espacio otro, el del exilio, de la mejor manera. Esta representación del espacio (el espacio concebido) contrasta claramente con el espacio de representación (el espacio vivido) narrado en las descripciones de la casa propia y de otras casas en el exilio, como, por ejemplo, la casa a la que hace referencia la autora en la crónica *Rosa de Lejos*<sup>[2]</sup>. En esta crónica no hay una sola descripción concreta de la casa sino referencias a ella:

En el año 1981 en un canal mexicano transmitían «Rosa de lejos». La telenovela comenzaba diariamente a las seis de la tarde. Yo me escapaba de la facultad a las seis menos cuarto. Subía a mi camioneta y recorría a toda velocidad los ocho kilómetros que me separaban de mi casa. Prendía la televisión y mientras Leonor Benedetto

sufría interminables desventuras antes de transformarse en gran señora de la alta costura, yo me sentaba a escuchar *hablar argentino*.

Después me preparaba un mate y ponía un sillón en el medio del jardín mirando al sur. No sé si era exactamente el sur, lo ubicaba entre dos montañas azules que cerraban el valle. Imaginaba que las corría como quién abre un telón y detrás de ellas veía a la Argentina. Cuando se hacía de noche, guardaba el sillón y entraba a la casa (2006, p. 91).

En esta crónica se percibe sutilmente la apropiación del espacio del exilio en la forma en que la autora define a ese espacio: «mi casa»<sup>[3]</sup>. Asimismo, la costumbre de tomar mate hace que ese espacio de apropiación se transforme en el espacio vivido, es decir, el espacio de representación. Sin embargo, este espacio apropiado no deja de ser el del exilio en tanto la necesidad de «escuchar *hablar en argentino*» y la necesidad de mirar hacia el sur buscando la Argentina demuestran la evocación de la patria que se ha dejado atrás como recuerdo constante de su situación de exiliada. El espacio propio y el espacio del exilio se funden entonces en el devenir del exiliado creando espacios paralelos que conviven en el recuerdo y en la realidad subjetiva del exilio que la imaginación desea modificar:

Por la noche me acerqué a la ventana de la sala tratando de imaginar cómo sería ese paisaje de edificios bajos y ventanas pequeñas por la resolana del desierto, con arbolitos de Navidad en los jardines, cómo se verían las calles con gente cargada de paquetes (Pérez, 2006, p. 58).

El espacio afectivo del recuerdo nuevamente se yuxtapone con el espacio del exilio que la autora mira desde su ventana como un espectador. Ese espacio del exilio se recubre con objetos y símbolos de la imaginación para brindar alivio al exiliado, pero solo por un momento, ya que el espacio real del exilio se abrirá camino por sobre toda evocación del espacio propio: «La imagen de la realidad era distinta, solo veredas vacías y un cielo negro y sin estrellas» (2006, p. 58).

En febrero de 1984, Amalia Pérez regresa a la Argentina en busca del espacio perdido. El desexilio no fue un período de reencuentro, sino de duelo por la ruptura con los lazos creados en el exilio y la «sensación de suspensión en el espacio y en el tiempo [que] se prolongó durante los casi ocho años de [su] exilio» que «llegó a su fin cuando el avión [...] aterrizó en Ezeiza» (Pérez, 2006, p. 142). La autora regresa a un espacio propio que ya no es el mismo que el que debió abandonar para marchar al exilio: «Ya nadie era el mismo, ni los que se habían quedado ni los que nos habíamos ido. El vacío que habían dejado los desaparecidos, los presos, los muertos, los exiliados de adentro y de afuera del país, habían cambiado esta tierra para siempre» (Pérez, 2006, p. 20).

#### A MODO DE CONCLUSIÓN

Hemos intentado en este trabajo analizar la representación del espacio perdido y la representación del espacio del exilio en la obra *Aguafuertes del exilio*, de Amalia Pérez. Nuestro recorrido comenzó por definir algunos conceptos relativos al espacio planteados por Henri Lefebvre y Gastón Bachelard que, a nuestro entender, se encuentran estrechamente relacionados a las ideas de espacio habitado, espacio propio y espacio en el exilio. Continuamos el recorrido con el análisis de las crónicas de Pérez para descubrir que la voz narrativa de la obra relata la experiencia espacial y temporal de la protagonista en el exilio en Israel y México,

como así también su regreso a la Argentina. Para ello, la autora ordena los hechos cronológicamente para darle movimiento a la acción creando una tensión entre la evocación del espacio propio del pasado que se funde en el espacio presente del exilio que nunca será espacio propio ni definitivo ya que siempre estará en el pensamiento el deseo de volver. El exiliado entonces queda suspendido en el tiempo viviendo, o sobreviviendo, entre dos espacios: el espacio real del exilio y el espacio propio que ya no es, ese espacio pasado evocado por la memoria en la urgencia del volver.

## Referencias Bibliográficas

- Bachelard, G. (2016). *La poética del espacio*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Bajtín, M. (1989). *Teoría y estética de la novela*. Taurus: Madrid.
- Gerhardt, F. (2006). Ser y no ser. A propósito de la narrativa exílica de Max Aub. En N. Corbellini y R. Macciuci (Eds). *De la periferia al centro. Discurso de la otredad en la narrativa española contemporánea* (pp. 93-120). La Plata: Ediciones Al Margen.
- Lefebvre, H. (2013). *La producción del espacio*. Madrid: Capitán Swing.
- Pérez, A. (2006). *Aguafuertes del exilio*. San Martín: UNSAM Edita.
- Said, E. (1984, diciembre). Recuerdo del invierno. *En Punto de Vista, año VII, (22)*, 3-7.
- Westphal, B. (2015). Aportes para un enfoque geocrítico de los textos. En M. García, M. J. Punte y M. L. Puppo (Eds.). *Espacios, imágenes y vectores. Desafíos actuales de las literaturas comparadas* (pp. 27-57). Buenos Aires: Miño y Dávila Editores.

## Notas

- \* Profesora de inglés graduada en la Universidad de Morón (Buenos Aires, Argentina). Licenciada en Lengua inglesa con orientación en literatura y cine graduada en la Universidad Nacional de San Martín (Buenos Aires, Argentina). Maestranda en literaturas comparadas en la Universidad Nacional de La Plata, Argentina. Correo electrónico: fernandamusante@gmail.com.
- [1] En esta crónica la autora relata el choque de culturas experimentado en su exilio en Israel encarnado en los distintos modos de festejar la navidad. En ese país no se vivía el clima festivo: «Comencé a percibir que el clima de fiesta, que hasta ese entonces había rodeado todos los meses de diciembre de mi vida, no era tal» (2006, p. 57).
- [2] Rosa de Lejos fue una telenovela icónica que marcó una época en la televisión argentina. Narra la historia de una costurera pobre que llega a tener su propia empresa. La telenovela comenzó a transmitirse en Argentina en el año 1980 y rápidamente obtuvo un excelente promedio de rating.
- [3] Pérez nunca se refiere a sus anteriores moradas en el exilio como «su casa». En su estadía previa en Israel, la autora se refiere a los lugares en los que vivió en los siguientes términos: «nuestro futuro alojamiento» en el *ulpán*, el «departamento en la ciudad a donde nos habíamos mudado». Este modo enunciativo determina la no apropiación del espacio habitado que da cuenta de un espacio ajeno y transitorio: el espacio del exilio.